

Comentarios del Maestro 9

Parte I: Panorama General

Texto clave: Mateo 5:17, 18

Enfoque de estudio: Sal. 119:93, 94; Ecl. 7:29; Mat. 7:24–29; Rom. 3:20.

Se cuenta la historia de dos hermanos gemelos que aprendieron desde la primera infancia que todo placer era pecado. Todas sus acciones estaban restringidas por reglas estrictas: no leas este libro, porque es pecado; no comas esa comida, porque es pecado; no rías, porque es pecado; no vayas a ese lugar, porque es pecado.

Cuando estos dos chicos crecieron, sus caminos en la vida divergieron. Un hermano desarrolló un gran temor a lo prohibido y apenas se atrevía a aventurarse fuera de su casa por miedo a entrar en contacto con influencias moral y físicamente contaminantes. Incluso tenía miedo de abrir las ventanas de su habitación y no se atrevía a comer libremente de los productos vendidos en el mercado. Finalmente, murió joven por ser excesivamente abstemio.

El otro hermano, sin embargo, sufría del problema opuesto. Desarrolló una fuerte atracción por lo prohibido. Experimentó con drogas, se atracó de alcohol y frecuentó todo tipo de casinos y tugurios sórdidos. Desarrolló un gusto especial por ciertos alimentos prohibidos. No pasó mucho tiempo antes de que el joven enfermó y murió por la indulgencia excesiva.

¿Fue tan equivocada la educación que recibieron los niños? Después de todo, ¿no deberíamos hacer todo lo posible para evitar el pecado? Lo esencialmente erróneo de su educación fue que nunca aprendieron lo que realmente era el pecado. Tampoco entendieron por qué el pecado era malo; por lo tanto, no estaban equipados para luchar contra él. En esta lección, abordaremos qué es el pecado y cómo superarlo.

Parte II: Comentario

¿Qué es el pecado y por qué es malo?

No reconocer el pecado. Cuando no llamamos al pecado por su nombre, aumentamos el problema del pecado. Por ejemplo, si no llamamos al adulterio pecado, corremos el riesgo de minimizar su amenaza y, lo que es peor, de normalizarlo.

El problema de no llamar al pecado por su nombre es particularmente rampante en muchas culturas actuales. En la sociedad secular, podemos evitar usar el término «pecado» por varias razones. Primero, la sociedad secularizada puede evitar el término «pecado» porque tiene connotaciones religiosas. Para la mayoría de la gente, el pecado no existe; implica algo que está prohibido por Dios o por la religión. Para la mayoría de las personas que no creen en Dios y no se adhieren a los estándares morales de la religión, no existe tal cosa como el pecado. Hablan de errores, crímenes, malas conductas éticas o sociales, pero no de «pecados». Desde su perspectiva, una discusión sobre el pecado es, por lo tanto, irrelevante o incluso se percibe como un ataque a sus libertades. Sin embargo, una de las terribles consecuencias de nuestra negativa a reconocer el pecado es permanecer ignorantes del mal. Así, para la mente secular, la motivación para abstenerse de cometer un «error» no es porque sea malo o perverso; más bien, abstenerse es simplemente una cuestión de consideración social o cívica. La mente secular no sabe que peca, porque no tiene conocimiento de lo que la Biblia llama el «*temor de Dios*».

Cuando Abraham viajó a una tierra extranjera, se preocupó de ser maltratado porque la gente de allí no tenía el temor de Dios que presidiera sus corazones (Gén. 20:11). Así, el concepto de «pecado» les era ajeno. Que el concepto les fuera ajeno no significa, sin embargo, que quienes ignoran el pecado no sean responsables de sus pecados. Incluso si quienes ignoran sus pecados no creen en el Dios de Israel, este mismo Dios los juzgará, tan seguramente como juzgará a su pueblo (Amós 1, 2). En cuanto a aquellos que saben que «pecan» y, sin embargo, se niegan a reconocerlo como tal, sino que dicen no haber pecado, Dios promete que presentará su caso contra ellos (Jer. 2:35).

El pecado como distorsión.

La palabra hebrea para pecado *kəʔt'* significa literalmente «*errar el blanco*». El «pecado» se entiende como una «*desviación*» o una «*distorsión*» del camino «*recto*» original. Eclesiastés describe la condición humana como trágicamente «*torcida*»; es irreparable: «Lo torcido no se puede enderezar» (Ecl. 1:15, NKJV). Por esta razón, el acto de cometer «pecado» está relacionado con el problema del «*olvido*», refiriéndose a una situación pasada que es irredimible, perdida por el paso del tiempo. De ahí la existencia de numerosos pasajes bíblicos en los que el profeta insta al pueblo de Dios a no olvidar, para que no caiga en pecado sin darse cuenta (Deut. 6:12, Deut. 32:18; compárese con Santiago 1:24).

El pecado contra Dios.

En el antiguo Israel, el pecado era un acto religioso que concernía directamente a Dios, como, por ejemplo, la idolatría (Deut. 9:16) o la desobediencia a Dios (Deut. 1:41). La injusticia, o el mal comportamiento ético contra las personas, también se consideraba pecado contra Dios.

Cuando José resistió las lujuriosas insinuaciones de la esposa de Potifar, quien intentó seducirlo para que se acostara con ella, él identificó su propuesta no solo como un crimen contra su esposo, sino como un pecado contra el Señor (Gén. 39:9). Cuando David cometió adulterio con Betsabé y mandó matar a su esposo, Urías el hitita, más tarde comprendió que al hacerlo había pecado contra el Señor (2 Sam. 12:13).

Más tarde, en la historia del Antiguo Testamento, los profetas confrontaron a las naciones y a Israel por cometer crímenes violentos y actos inmorales que dañaban a otros (Amós 1:11, Amós 2:6–8). Miqueas incluso llega a enfatizar la superioridad del deber ético sobre el ritual religioso (Miq. 6:6–8).

El Nuevo Testamento continúa en la misma línea. Para Jesús, si pecamos contra nuestros prójimos o no nos preocupamos por ellos, es como si hubiéramos pecado contra Él o lo hubiéramos descuidado (Mat. 25:45). Para Pablo, cuando pecas contra los hermanos, «pecas contra Cristo» (1 Cor. 8:12, NKJV). Incluso cuando pecamos contra nosotros mismos en nuestro propio cuerpo, pecamos contra Dios. Lo contrario también es cierto: el primer pecado cometido por Adán contra Dios tuvo un impacto en su vida y en su entorno (Gén. 3:17–19). El pecado es la causa de la muerte para todos los humanos (Gén. 2:17), un principio que se repetirá una y otra vez en la Biblia (Prov. 8:36, Ez. 18:4, Rom. 5:12). Como nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, pecar contra nuestro cuerpo es pecar contra Dios (1 Cor. 6:18, 19).

¿Cómo podemos combatir el pecado?

El conocimiento del pecado.

No podemos hacer nada contra el pecado con nuestras propias fuerzas. Así, la primera solución al problema es simplemente reconocer el pecado y admitir que su propia naturaleza es maligna. Para ese propósito, necesitamos la ley de Dios. Porque solo «por medio de la ley es el conocimiento del pecado» (Rom. 3:20). La ley es así comparada con un «tutor» que nos llevará a Cristo (Gál. 3:24, NKJV). Así como el tutor en la antigua sociedad griega debía llevar al niño a su maestro, la ley de Dios nos llevará a Cristo. A medida que nos esforcemos en esa lucha con la ley de la justicia, nos daremos cuenta de lo difícil que es y de lo desesperanzados que estamos. Entonces nos daremos cuenta de que nuestra única esperanza es abrazar la gracia de Dios.

El camino de Adán y Eva.

Consideremos la confesión de pecado de Adán y Eva. Por un lado, podemos inferir que se dieron cuenta de que habían quebrantado la ley de Dios porque se escondieron de la presencia de un Dios

justo (Gén. 3:6–10). Por otro lado, cuando Dios les pidió que se presentaran y luego comenzó a realizar su investigación sobre lo sucedido, ambos respondieron culpando a Dios por su maldad. Adán se refirió a su desnudez, que era el estado original en el que Dios lo creó para existir (Gén. 2:25), y luego a la mujer, que le había sido dada por Dios (Gén. 3:12). Eva culpó a la serpiente, que había sido creada por Dios (Gén. 3:1, 13).

El único pasaje que revela el efecto del pecado en la naturaleza de Adán y Eva se encuentra en Génesis 3:22, 23, donde Dios nota que Adán y Eva eran originalmente como Dios. (Nótese que el verbo hebreo *hayah*, traducido como «se ha hecho» en Génesis 3:22 [NKJV], debería traducirse como «era» en tiempo pasado, al igual que en Génesis 3:1). La traducción común «se ha hecho» sugiere erróneamente que el pecado marcó una mejora en su condición y estado. Además, tal traducción da la impresión de que la serpiente tenía razón cuando advirtió a Eva que Dios no quería que ella y Adán fueran como Él (Gén. 3:5). En realidad, Dios deplora la trágica realidad de que, después del pecado, Adán y Eva han perdido su semejanza con Él. Solo Dios reconoce, entonces, el verdadero efecto negativo del pecado en ellos. Adán y Eva fueron incapaces de hacer una confesión de pecado porque habían perdido su conexión con Dios. Mientras Adán y Eva no habían pecado, su conexión con Dios les permitía discernir la realidad del pecado. Tan pronto como se apartaron de la presencia de Dios, perdieron su capacidad de discernir entre el bien y el mal. Como comenta Elena G. de White: «Al mezclarse el mal con el bien, su mente [la de Adán] se confundió, sus facultades mentales y espirituales se adormecieron. Ya no podía apreciar el bien que Dios le había concedido tan libremente» —*La Educación*, p. 25.

La lección básica que aprendemos de la caída de la humanidad es simplemente esta: debido a que los humanos han pecado, han perdido su sentido innato de discernimiento, la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Así, aparte de Dios, somos incapaces de ejercer ese juicio con éxito. Por esta razón, Dios nos dio la ley y el evangelio. Necesitamos la ley para guiarnos en la dirección correcta. Del mismo modo, necesitamos la gracia de Cristo para ayudarnos a caminar con esperanza y amor en esa dirección.

Parte III: Aplicación Práctica

Consejo para el Maestro: Pida a un voluntario que lea las siguientes reflexiones sobre el pecado. Permita tiempo para la discusión de las preguntas relacionadas que siguen o para compartir testimonios según se indica a continuación.

Para reflexionar: ¿El pecado alguna vez no es pecado?

Un hombre cristiano cometió adulterio. Cuando sus amigos lo confrontaron con su infidelidad, él insistió en que no era pecado porque amaba a la mujer. Debido a que Dios es amor, el hombre argumentó que lo que hizo fue aprobado por Dios. Más tarde, este hombre se involucró con otra mujer, y luego con mujeres posteriores. Cuando sus amigos lo confrontaron nuevamente sobre estos últimos acontecimientos y le preguntaron si Dios seguía aprobando, el hombre respondió que ya no creía en Dios.

Para discutir:

* Piense en casos en su vida, y en la vida de amigos o en las noticias, en los que el pecado se justifica e incluso se presenta como una buena acción. ¿Cuál es el efecto de tales actitudes en el tejido moral de la sociedad? ¿Por qué es tan peligroso este pensamiento?

* Piense en casos de la Biblia, la historia y los acontecimientos actuales en los que el desestimar o despenalizar el pecado de una persona llevó a un aumento de su miseria.

* ¿Qué argumentos usaría para ayudar a alguien a enfrentar la realidad de su pecado?

Para reflexionar: Pecado y felicidad.

Basándose en su trabajo sobre la conexión entre la ética y la felicidad, el psiquiatra Henri Baruk concluyó: «Uno encuentra la felicidad al hacer el bien a los demás. No somos felices cuando buscamos nuestra propia felicidad. El hombre que busca la felicidad nunca la encontrará» (Henri Baruk, en *Shabbat Shalom*, diciembre de 1996).

* Pida a los miembros de la clase que den testimonios sobre la felicidad que lograron al hacer el bien a los demás.

* Decida ayudar a alguien con necesidad física, financiera o espiritual esta semana.